
DE CARLOS VAZ FERREIRA

SOBRE EL INSTINTO DE INMORTALIDAD

Se ha invocado en todas las edades de la filosofía el instinto de inmortalidad como prueba de sobrevivencia, y se discute el valor de esa prueba.

Para unos, el instinto de sobrevivencia sería simplemente un resto de creencias atávicas, residuo de épocas de menos razón; o bien una ilusión semivoluntaria conque nos engañáramos a nosotros mismos; sin valor, por consiguiente, como prueba ni como presunción.

Para otros, el hecho de existir el instinto de inmortalidad tendría alcances de prueba, pues él sería, o bien una especie de reminiscencia: recuerdo, sí, pero de épocas no inferiores sino superiores (así, dentro de la filosofía platónica o dentro de la filosofía teosófica), o bien un modo de conocimiento, un modo intuitivo más profundo que la razón (p. ej.: en la filosofía bergsoniana).

Al invocar el valor probatorio de ese instinto vendría a invocar la infalibilidad del instinto. Se discute, pues, su valor probatorio. Pero ¿existe realmente ese instinto?, ¿lo tenemos de hecho?, ¿hay en el hombre, verdaderamente, instinto de inmortalidad, instinto de sobrevivencia?

Se lo da por sentado, y es lo menos cierto. En todo caso, tendríamos que hacer una distinción entre *instinto de deseo* e *instinto de creencia*.

Muchos hombres desean la inmortalidad, y en cierto sentido puede considerarse ese deseo como un hecho; pero en verdad el instinto que tendría mayor alcance probatorio sería el instinto de creencia: no el de desear, sino el de creer.

Y esos dos estados de espíritu, si bien pue-

den coexistir psicológicamente, de hecho son separables. Yo, por ejemplo, resumiría mis observaciones diciendo que los más de los hombres tienen el instinto de deseo y quizá los menos el instinto de creencia.

El instinto de deseo es evidentemente el más general. Aunque no todos lo tienen; ni aún ese. Existen personas, de cuya introspección y de cuya sinceridad no puede dudarse, que tienen indiferencia y a veces horror por la sobrevivencia. Pero ese instinto del deseo es por lo menos muy común. Sólo que no es el de creencia, ni lo supone; si bien se disfraza de él, y es esto lo que hace creer en la generalidad del instinto de creencia.

El instinto de creencia en la sobrevivencia, el verdadero instinto, esto es como instinto y no como deseo (ni tampoco, y de eso hay que distinguirlo cuidadosamente, como creencia intelectual, porque la creencia intelectual no tiene más valor probatorio que el de toda creencia de razón, esto es: el valor de su prueba, de la argumentación en que se basa), el instinto de creencia no es tal vez muy común.

Eso no quiere decir que tengamos tampoco el instinto contrario: que nuestro fondo de alma, que lo que está por abajo, o por arriba, como se quiera, de la razón, tienda a intuir la no sobrevivencia. En realidad, lo que hay es otra cosa, me parece, en el fondo de nuestra psicología sincera: *sensación de imposibilidad de cada una de las dos disyuntivas del dilema; de imposibilidad de aquella en que se piensa o se intenta pensar.*

Una introspección sincera y lúcida en la mayor parte de los hombres hace encontrar

esto: que cuando piensan en la sobrevivencia, tienden a sentirla como difícil o imposible, y cuando piensan en el aniquilamiento, en la extinción, en la cesación de la conciencia, también tienden a sentirla como difícil o imposible. Ese es el verdadero instinto, o el más común; no el de sobrevivencia ni el de no sobrevivencia.

Más que toda prueba o presunción basada en instinto, consuela la consideración de las posibilidades que se basan en la ignorancia, posibilidades que hay en el no saber, en el no entender, posibilidades que encierra la incom-

prensión. Más consoladora es la incomprensión que el instinto.

Pero aun en eso hay que ser sincero. Un insecto cae en agua. Alguien tira de una manija. Es precipitado por unas cañerías oscuras. No entiende nada; ni quien tira, ni por qué, ni a donde va... Con imágenes de estas nos viene el concepto de que *no entender, no es garantía*.

Es verdad: no comprender, no es garantía (sinceros hasta con nuestras esperanzas). Pero si no es una garantía, es una posibilidad.

Y es así. Y eso es todo.

SOBRE EDADES

La psicología de las edades del hombre se ha hecho sobre ciertos convencionalismos, no verdaderos sino en parte. La psicología de la juventud, p. ej., sobre dos: El espíritu innovador de la juventud, y el espíritu generoso de la juventud. En lo uno y en lo otro la observación y la verdad obligan a hacer ciertas restricciones.

Sobre el "espíritu innovador": Es cierto. Es evidente e indiscutible la atracción por lo que se le presenta como nuevo. Tiene la juventud una tendencia psicológica, como natural de la edad, a combatir por lo nuevo y contra lo viejo. Pero la primera reserva que hay que introducir aquí se refiere a la capacidad para distinguir lo verdaderamente nuevo. La regla es más bien la incapacidad para distinguir de lo verdaderamente nuevo lo que se presenta como nuevo. Esa primera reserva se explica por la inexperiencia, y por el desconocimiento de lo que ya fué. Casi siempre lo nuevo, esto es: lo que se llama nuevo, lo que es visto como nuevo, es falso nuevo, o bien no es bastante nuevo. Los jóvenes no ven bien eso. A nuevas juventudes las seducen nuevas apariciones de lo mismo, más o menos renovado, más o menos disfrazado de nuevo, o con el nombre cambiado simplemente; o lo nuevo cuando ya lo ven muchos, cuando ya se ha impuesto un poco, cuando ya es menos nuevo.

Lo nuevo verdadero, que está solo, desamparado (seguro, sin duda, pero como el germen, como el recién nacido, débil actualmente, aun-

que fuerte con todo el porvenir fatalizado en él; lo nuevo, no se ve fácilmente: y es natural y disculpable que lo vean más difícilmente los jóvenes.

Nótese que no hablo de crear; crear es cuestión del genio, y el genio crea en todas las edades. Si bien desde cierto punto de vista los más grandes genios han sido más innovadores, más fatalmente innovadores, más "éperduement" innovadores, en la edad madura. Beethoven, Wagner... Pero dejemos eso. Los jóvenes, si siguen lo que se les presenta como nuevo, no discernen bien lo verdaderamente nuevo de lo aparente.

Y, además, la segunda restricción, es que tienden a seguirlo: precisamente a *seguirlo*, esto es: de una manera un poco pasiva, no totalmente independiente. Su acción tiene un poco los caracteres del tropismo. Cuando aparece doctrina, escuela que se da como nueva, hay tendencia juvenil a ir tras ella con no completo discernimiento, con no completa independencia. El efecto social de todo esto, sin embargo, resulta bueno. Lo nuevo ha de ejercer su acción; y cuando ha pasado un primer período, cuando ya es algo menos nuevo, es precisamente cuando tiene que empezar a actuar en la práctica; y entonces, para emplear una imagen, diríamos que necesita *masa*; ese instinto juvenil, ese tropismo de lo nuevo, es lo que suministra masa a lo nuevo para su acción práctica: hasta para la demolición, que es lo que más masa necesita. Pero psicológica-

mente la atracción juvenil por lo nuevo es, sin duda, de signo positivo, pero algo pasiva (siempre la misma imagen de los tropismos)...

Y en cuanto a la generosidad, hay también al respecto un poco de injusto convencionalismo (no en cuanto signifique injusticia en favor de los jóvenes, pero sí en cuanto significa, por oposición, injusticia en contra de la edad madura) en esa especie de acaparamiento de la generosidad por la psicología juvenil. El adolescente, aun el joven (se sobreentiende que nos referimos al promedial), no suele ser muy generoso en la vida real, por más que se entusiasme—y ese es un primer período del desarrollo—por las causas generosas, pero con un entusiasmo en general todavía demasiado mezclado con personalidad y vanidad, y todavía un poco demasiado abstracto.

Y todavía ese entusiasmo abstracto no se relaciona bastante con sacrificios concretos reales.

No hay que contar naturalmente el sacrificio de lo que aun no se posee o aprecia. Es más fácil dar lo que no se quiere mucho. Pero es todavía excepcional que en esa edad se dé lo que verdaderamente y en concreto se siente y quiere. O aunque se dé, ese sacrificio es algo así como provisorio: queda todo el futuro y toda la esperanza. El sacrificio del hombre maduro es más hondo, más verdadero y más conmovedor, porque ya es definitivo; y porque no queda esperanza, y ni siquiera ilusión.

Complementariamente, sobre la psicología de la madurez, existe otro convencionalismo: Que el hombre maduro tiende a hacerse conservador y tiende a hacerse egoísta. No es así de ningún modo en los que realmente evolucionan, en los que siguen la marcha progresiva de la psicología humana, que podemos llamar en ese sentido psicología normal. La evolución del hombre no egoísta es hacia menos egoísmo.

Pero ¿por qué parece lo contrario?

Por dos causas:

Para comprender la primera, imaginémosnos este caso: Nosotros vemos a un niño de cuatro años reclamar para sí todas las bolitas o todos los soldaditos que habría de repartir con sus hermanos; y ese acto de egoísmo, en él, a su edad, no nos repugna. Si viéramos ese mismo acto en un niño de doce años, ya nos resultaría

repulsivo, no porque el niño de doce años se hubiera hecho más egoísta, sino precisamente porque se había quedado egoísta. Bien: si cierta terrible crueldad que se manifestó en nuestros 18 o 20 años, si esa desconsideración para todos los hombres que existieron antes que nosotros, y nuestro desprecio para sus teorías e ideas; si aquella nuestra sensación de ser dueños del mundo, y de general desprecio, si todo eso hubiera quedado después en nuestra psicología, seríamos un poco monstruos; pero *no por habernos hecho, sino por habernos quedado*.

Y en cierto sentido, y salvando todo lo que hay que salvar, algunos hombres permanecen egoístas o son egoístas, no porque se hayan hecho viejos, sino porque se han quedado jóvenes.

La segunda causa de esa apariencia (esta es muy interesante) es que *no todos los hombres evolucionan*.

La psicología de la madurez es mucho menos uniforme y general que la de la juventud, porque en los individuos desde luego puede detenerse, desnaturalizarse o abortar. El fruto maduro es más tierno, más jugoso, más dulce que un fruto verde; pero si el fruto se pasma, o se pudre, o si se endurece — porque habría también pasas de hombres,—entonces, ya no. Sin contar con que esa imagen es inadecuada, a causa de que la evolución del fruto es específica, uniforme, en tanto que la del individuo humano es personal, existe la diversificación divergente de la individualidad. Pero el capaz de evolucionar, ese evoluciona mejorándose, superándose, sobrepasándose él mismo dentro de lo que es capaz de dar. Hasta a hombres que fueron egoístas y estériles en su juventud, hasta a esos a veces los he visto dar mucho, después, en sacrificio.

Y el hombre que es bueno y rico de alma, ese, cada vez mejora más, cada vez da más, cada vez se sacrifica más. Y cada vez vale más su sacrificio porque es sin ilusión y sin esperanza.

Eso no se observa bien todavía, por otra causa: porque confunden las manifestaciones de generosidad abstracta. (Lo muy abstracto sube más alto, porque sube sin peso; globo sin barquilla).

Y en cuanto a la originalidad (en hombre

superior) tiende también a aumentar, lo mismo en la creación que en la apreciación, mientras hay evolución. Y tiende a ser cada vez mayor el entusiasmo y simpatía del hombre madurado, por la verdadera originalidad, en hombres y en teorías.

Cuando en ciencia, en arte, aparece la originalidad, la verdadera, mientras más hecho está el hombre, más se conmueve, y más la aprecia y admira. Eso es lo que se *observa*.

SOBRE LOCURA

Locura se tiene por sinónimo de "alienación." Alienarse: enajenarse, hacerse otro.

Pero en realidad hay dos tipos, o mejor aún dos direcciones de enfermedad mental.

Una es la como venida de afuera, la como sobrevenida. Es la que corresponde a "enagenación". El individuo no es él: deja de ser él. La enfermedad lo hace no ser él, lo saca de él, lo aliena. Esta dirección comprende muchas clases, si se quiere casi todas las clases de locura, de enfermedad mental: con substractum diferente, con manifestaciones diferentes y de gravedad diferente, incluso las más graves y las mortales. Pero también entre ellas están las más curables.

La otra es lo contrario de alienación. El individuo se hace más él: es la individualidad que se acentúa. Todos, más o menos, tenemos peculiaridades, asociaciones, idiotismos, automatismos, perversiones, manías, que en ciertos casos, sea porque traen demasiada inercia hereditaria, podríamos decir, sea porque la razón o la voluntad o el sentimiento o la estética son puestas a su servicio, o sea porque la vida vino mal, dejaron de ser neutralizadas, equilibradas. (Entre paréntesis: parece que hay, en muchos casos, ciertos períodos de la vida en que se fué dueño, sino propiamente de esas perversiones o tendencias patológicas, por lo menos de ponerles la razón a favor o en contra, la voluntad a favor o en contra. Y si bien en un plano más profundo de determinismo se diría que eso también estaba determinado por la personalidad, por lo menos en un plano práctico, que es el que interesa, ese hecho es verdadero).

Sólo que ha de ser originalidad *verdadera*. Y esos hombres están cada vez en mejores condiciones para apreciarla. Cada vez reconocen mejor la originalidad falsa y disfrazada. Entonces parecen indiferentes ante la "novedad" por razones parecidas a las que lo hacen parecer frío ante lo demasiado abstracto. Y esto causa errores.

NOTA: El joven no ha sido viejo y no entiende esto. El viejo ha sido joven y entiende.

Bien: no sé si lo que ocurre es sólo que se acentúa la individualidad, esto es, si se trata de un hecho sólo de grado, o si es que además del grado existen en esa forma de enloquecimiento algunas otras cosas, algunas de esas cosas desconocidas que simbolizamos con imágenes de tornillos, de frenos, y de las que no sabemos nada, y que existirían en algunas personas y no en otras. No sé, o no sé para todos los casos. Tampoco sé si todos los individuos podrían ir a la locura por exageración extrema de su personalidad, o solamente algunos "elegidos"; elegidos al revés. También, en unos el proceso es lento y gradual. En otros tiene algo de explosión: a veces se hace por explosiones sucesivas, a veces como por "*quanta*". Pero siempre en el sentido de su personalidad. El hecho es que en esos casos vemos el enloquecimiento como lo contrario de una alienación. Es como una exageración del individuo. Lo que hace patológico su caso es que ha llegado a ser demasiado él mismo, y lo que hacía su personalidad es lo que lo desengrana de la vida real. La individuación se acentuó tanto que acabó por no engranar en el mundo exterior ni con la psicología de los otros hombres. Fué siendo cada vez más él. Y habría que inventar para esa locura un término contrario, un término con "*ultra*" o "*super*" y con "*ipse*".

Y "*curación*", en este caso, tiene tan pocas esperanzas y tan poco sentido como hacer volver el río a la fuente o el árbol a la semilla. No es incurabilidad: Es irreversibilidad.

CARLOS VAZ FERREIRA